El cambio es posible

Jeremías 18:1-6

Pastor Tim Melton

Al mirar este nuevo año y pensar en ti a nivel del corazón, ¿qué te gustaría poder cambiar? Si pudieras pedirle a Dios que hiciera un cambio en tu vida para hacerte más como Jesús, ¿qué le pedirías que cambiara en ti?

¿Crees que este tipo de cambio tan profundo es posible? Estoy hablando de un cambio real a nivel del corazón. Un cambio que sucede en lo más profundo de una persona y cambia su perspectiva, sus actitudes, sus deseos, sus creencias e incluso su comportamiento.

Lo que vemos en el mundo a menudo nos convence de que el cambio verdadero no es posible. Vemos personas esclavizadas por la ira, la amargura, la adicción o por formas pecaminosas de vivir y relacionarse con los demás, y parece como si nunca fueran a cambiar. Vemos lo mismo en nosotros mismos. Parece que somos prisioneros de los mismos comportamientos o deseos que siempre hemos tenido. A menudo nos lleva a la conclusión de que un cambio verdadero y duradero no es posible. Pero eso no es lo que vemos en las Escrituras para aquellos que han puesto su fe en Dios.

Vemos al hombre que estaba poseído por una legión de demonios, pero que fue dramáticamente cambiado después de encontrarse cara a cara con Cristo. Leemos sobre Rahab, la prostituta de Jericó que puso su fe en Dios, escondió a los espías judíos, y fue la tatarabuela del rey David. Recordamos a Zaqueo, un rico recaudador de impuestos que robaba a su propia gente en el nombre de Roma. En Lucas 19:8, leemos sus palabras después de su encuentro con Cristo: ***"Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: —Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado."*** No podemos olvidarnos del testimonio del apóstol Pablo, que pasó de perseguir a los cristianos a ser uno de ellos, y a defender la fe cristiana incluso ante la muerte. El cristianismo es la historia del cambio de vida. Si alguna vez dejamos de creer en la posibilidad del cambio, perdemos la verdadera esencia del Evangelio.

Dios está comprometido a cambiar la vida de su pueblo. Encontramos una analogía interesante en Jeremías 18:1-6:

> ***Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: «Levántate y desciende a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras.» Descendí a casa del alfarero, y hallé que él estaba trabajando en el torno. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos, pero él volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mí palabra de Jehová,***

diciendo: «¿No podré yo hacer con vosotros como este alfarero, casa de Israel?, dice Jehová. Como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mis manos, casa de Israel.»

Este versículo es una imagen de Dios obrando en las vidas de la nación de Israel. Los versículos dicen que Dios es como el alfarero, y la nación de Israel es como la arcilla. La arcilla estaba echada a perder. En hebreo eso significaba que estaba dañada. Era inservible. Ya no podía ser utilizada para el propósito previsto. La nación de Israel había sido creada para ser el pueblo de Dios. Debían relacionarse de una manera tan correcta con Dios que serían bendecidos por Él. Esto tenía como objetivo atraer a las otras naciones del mundo a seguir a Dios también. Pero ahora, debido a su rebelión y adoración de ídolos, habían arruinado esta posibilidad y el testimonio para el mundo.

Aún así, ellos seguían estando en las manos de Dios. "En sus manos" significa que estaban bajo su cuidado. El Dios soberano seguía velando y participando activamente en sus vidas. El Alfarero obró en su situación con un objetivo final concreto en mente. Pero cuando la arcilla se estropeó, el Alfarero comenzó de nuevo a darle forma ***"volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla"***. Este era un claro ejemplo de que Dios devolvió la arcilla al torno del alfarero y comenzó de nuevo como lo veía conveniente.

Cuando uno aprende a hacer cerámica, le da a esta ilustración una aplicación aún más clara. Muchos alfareros comienzan trabajando o amasando la arcilla. Esto hace desaparecer las burbujas de aire o los grumos que arruinarían el producto final una vez puesto en el horno. Los alfareros suavizan y humedecen la arcilla. Luego la arcilla se coloca sobre el torno donde se esculpe. Si en algún momento de este proceso surge una grieta o dureza, la escultura se destruye y vuelve a ser una masa de arcilla. El problema se soluciona y el proceso de darle forma comienza de nuevo. Una vez que la pieza de cerámica finalmente está esculpida de la manera en que el alfarero la quiere, entonces se esmalta y finalmente se coloca en el horno a 1.300 °C. ¿Puedes pensar en alguna de las experiencias de tu vida que Dios usó para purificarte, formarte, reformarte o refinarte, para convertirte en algo hermoso?

Esto es una idea asombrosa. El Dios del universo está obrando íntimamente en nuestras vidas para cambiarnos para ser como Cristo (Romanos 8:28-29), pero ¿cómo es posible este cambio? Antes de buscar la solución, primero debemos entender lo que nos ha llevado al lugar donde el cambio es necesario.

Al principio, Dios creó al hombre y a la mujer, y disfrutaban de una comunión perfecta con Dios. No había vergüenza, ni culpa, ni miedo, ni odio. Era la vida como debía ser.

Era una situación perfecta. La humanidad había sido creada con deseos fundamentales de amor, esperanza, paz, valor, alegría, seguridad y mucho más. Dios fue quien creó a la humanidad y podía satisfacer los deseos fundamentales del hombre. Esta verdad se refleja en los nombres de Dios que encontramos en las Escrituras.

Anhelamos sustento, y ÉL es nuestro Proveedor y Pastor (Génesis 22:14; Mateo 6:25-34; 1 Pedro 5:1-4; Salmo 23). Anhelamos paz, y Él es nuestro *Shalom* (paz, en hebreo) y Príncipe de Paz (Jueces 6:24; Isaías 9:6). Anhelamos orden, y Él es nuestro Dios Soberano, Creador, Consejero Maravilloso (Salmo 109:21; Génesis 1; Isaías 9:6). Anhelamos liberarnos del pecado, y Él es nuestro Libertador, Rey de reyes y Señor de señores (2 Samuel 22:2; Salmo 18:2; Timoteo 6:15; 1 Corintios 10:13). Anhelamos gozo, y en Él lo tenemos (Salmo 16:11).

Cuando Adán y Eva se relacionaban íntimamente con Dios, sus deseos fundamentales se satisfacían en Él. Cada hondo deseo que la humanidad tenía era un camino que la llevaba de vuelta a Dios. Para Adán y Eva no había necesidad de buscar en otro sitio. Dios era verdaderamente su Todopoderoso. En palabras de Cornelius Plantinga hijo, esta unión perfecta entre Dios, el hombre, y la creación era *"Shalom* (Paz)… *la vida como tenía que ser."*[1]

Y entonces ocurrió. La humanidad apartó sus corazones de Dios y pecó. Adán, Eva, un árbol, una serpiente, una mentira, un fruto, y el primer pecado cambió el mundo para siempre (Génesis 3:1-24). Esta "caída del hombre" creó una brecha entre el hombre y Dios. La muerte espiritual fue su consecuencia (Romanos 7:9-10; Efesios 2:1-5; Colosenses 2:13-15). Por culpa del pecado, la humanidad estaba ahora aislada de Dios, el único que podía satisfacer verdaderamente sus deseos fundamentales. Ahora el dolor, la duda, la culpa, la vergüenza, la ira, la preocupación y la muerte serían parte de la experiencia humana. Desde Adán, todos sus descendientes heredarían ahora una naturaleza de pecado que los esclavizaría al pecado y a su dominio.

Una vida de provisión y paz centrada en Dios había sido reemplazada por una vida de necesidad e incertidumbre centrada en el hombre. Como los recursos de Dios ya no estaban disponibles, la única opción del hombre ahora era recurrir al mundo para tratar de cumplir sus deseos fundamentales. Esto sería un ejercicio de inutilidad. Lo que se perdió nunca podría ser recuperado por los esfuerzos del hombre.

Sin embargo, gloria a Dios que vino por nosotros cuando no podíamos rescatarnos a nosotros mismos. Dios, en su paciencia y benignidad, eligió reclamar lo que antes había sido suyo.

Romanos 5:6-8 lo describe de esta manera: ***"En verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. Difícilmente, habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros."***

Cristo ha restaurado lo que se perdió para aquellos que se arrepienten y ponen su fe en él. En esta reconciliación, las puertas están abiertas de nuevo; en primer lugar, para una relación íntima con Dios, y en segundo lugar, para que se cumplan los deseos fundamentales en Él.

Efesios 1:3 proclama: ***"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo."*** Es la restauración de la absoluta intimidad que el hombre tenía con Dios en el jardín del Edén.

Ya no necesitamos buscar en otro lado. Hay que entender que la cruz y resurrección de Cristo no es solo una fuente de salvación. Es lo suficiente para la vida. Tiene el poder de cambiar prácticamente todos los aspectos de la existencia. Esta es una verdad que está disponible para todos los creyentes, pero que demasiados se pierden.

En Cristo vemos que la humanidad tiene la oportunidad de reconciliarse con Dios y encontrar sus deseos satisfechos una vez más en Él (Romanos 5:10). ¿Pero es posible que alguien que ha regresado a Dios se pierda las provisiones de Dios? ¿Por qué tantos cristianos todavía parecen estar buscando una manera de cumplir los deseos fundamentales de la vida?

Sería similar a un hombre que es liberado después de haber sido esclavo toda su vida. Su identidad ha cambiado. Él es un hombre libre. Eso es genial, pero debe aprender a vivir como un hombre libre, o su libertad recién descubierta le proporcionará beneficios mínimos. También podría compararse con un extranjero que se convierte en ciudadano. Llegamos a este nuevo "país espiritual" con un nuevo estatus legal. Ahora tenemos plenos derechos como ciudadanos y podemos reclamar todos los recursos que ofrece el gobierno, pero si no entendemos la cultura del nuevo país o qué recursos están ahora a nuestra disposición, la nueva ciudadanía, prácticamente hablando, no significa nada para nosotros. En las Escrituras también lo vemos comparado con un niño que es adoptado. Por ley, el niño nunca puede ser apartado y tiene los mismos derechos legales que un hijo biológico. Ahora todas sus necesidades se satisfacen, pero si no cree que eso sea cierto, continuará buscando comida en la basura, perdiéndose las comidas diarias que se ponen en la mesa familiar.

Muchos han llegado a la salvación y han sido milagrosamente liberados de la pornografía, las drogas, el alcohol u otros pecados habituales. Gloria a Dios por estos testimonios. Al mismo tiempo, hay muchos hijos de Dios que celebraron su libertad al principio, pero que pronto se dieron cuenta de que no tenían ni idea de cómo vivir en ella. Esto ocurre a menudo debido a los patrones profundamente arraigados en la carne. Cuando se enfrentan a luchas, tentaciones, o miedos, tienen más confianza en sus viejos patrones del pecado que en las promesas de Dios. Por eso, son como esclavos que encuentran su libertad, pero que eligen regresar a la esclavitud, "prefieren el gobierno de sus antiguos amos" a su nueva vida prometida pero que aún no han experimentado plenamente. Como dirían los escritores de Hebreos, carecen de una fe que es ***"la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve"*** **(Hebreos 11:1)**.

Esta lucha no es solo para los nuevos creyentes. Todos los creyentes tienen esta misma decisión que tomar. Ellos se han reconciliado con Dios. ¿Creerán ahora en las promesas de Dios y confiarán en su provisión, o se encargarán de satisfacer una vez más sus propios deseos y vivirán como si no tuvieran a Dios? Los patrones de la carne son vanos y vacíos, pero se han vuelto tan familiares y predecibles que muchos preferirían escoger cierta falsificación que creer en la plenitud prometida que se encuentra en Cristo.

Para caminar íntimamente con Cristo y experimentar su suficiencia, uno debe comenzar a ver el verdadero valor de Cristo y la verdadera inutilidad de los patrones de la carne de este mundo. Es en este punto que Dios a menudo entra y usa las dificultades (Hebreos 12:7) para debilitar nuestra lealtad a este mundo y nos hace darnos cuenta de que este mundo nunca será capaz de cumplir sus promesas para nuestra liberación. Dios a veces nos despojará de las cosas en las que más confiamos para revelar los ídolos de nuestros corazones y mostrarnos que nuestra esperanza está puesta en el lugar equivocado. Dios no quiere que nos conformemos con menos que su suficiencia en todas las cosas.

Dos factores han alimentado nuestra rebelión contra Dios. La primera fue nuestra naturaleza pecaminosa. La segunda fue por necesidad. Como nuestro pecado nos separaba de Dios y de todos sus recursos, nos volvimos hacia el mundo tratando de sobrevivir. Después de años de tratar de satisfacer nuestras propias necesidades y de confiar en el mundo, cada uno de nosotros ha formado patrones habituales de orgullo, confianza en uno mismo y pecado, tratando de hacer que la vida funcione, pero nunca lo hará.

En Jesucristo todo esto ya ha sido resuelto. Debido a nuestra naturaleza pecaminosa y nuestra separación de Dios, todos nuestros corazones originalmente deseaban las cosas del mundo, sus

prioridades y vivir una vida sin Dios. En las Escrituras, este hombre natural, sin Cristo, es descrito como cegado por el dios de este mundo (2 Corintios 4:4). Nuestras mentes eran frívolas. Teníamos oscurecido el entendimiento. Estábamos alejados de la vida que proviene de Dios por la ignorancia que hay en nosotros, por la dureza de nuestros corazones. (Efesios 4:17-25). Para nosotros el mensaje del evangelio era una locura (1 Corintios 1:18). Esa era la condición original y la dirección de nuestros corazones.

Cuando creímos en Jesucristo, se produjo el arrepentimiento. Cuando uno pone su fe en Jesucristo, esto va acompañado de un corazón arrepentido, un corazón que abandona su dirección original hacia sí mismo y el pecado, y que ahora desea a Cristo y la santidad. Un cristiano es una nueva creación. ***"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas"*** (2 Corintios 5:17).

El cristiano es una persona nueva. Sí, todavía se ve igual y tiene algunas de las mismas características, pero en el centro de lo que es ha sido hecho nuevo. Ha sido perdonado. Ha sido liberado de sus deseos egoístas y de su "viejo yo". Ya no es esclavo del pecado. Algo totalmente nuevo ha llegado. La vieja persona pecadora ha muerto. Gálatas 2:20 declara: ***"He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí."***

Debido al arrepentimiento, la fe verdadera da como resultado las buenas obras. Esto no es agregar un segundo requisito, la fe más las obras, para la salvación. Es simplemente describir lo que implica la fe salvadora. La fe salvadora siempre estará acompañada del arrepentimiento que da como resultado un cambio de vida. Las Escrituras no nos dan otra opción.

Para obtener diariamente los beneficios de la salvación, cada día debemos continuar creyendo y arrepintiéndonos. Debemos ejercitar nuestra fe en Cristo y abandonar cualquier ídolo que se haya levantado en nuestros corazones.

Entonces, ¿cómo hacemos esto? Algunos recurrirían inmediatamente a las reglas y rituales religiosos. La disciplina juega un papel en la vida cristiana, pero es el deseo y no el deber lo que nos lleva a la santidad. A medida que nuestro deseo por Cristo aumenta, todos los deseos que compiten entre sí pierden su poder.

En la mitología griega, las sirenas cantaban canciones cautivadoras que hipnotizaban a los marineros que se acercaban, hasta el punto de que eran atraídos hacia las rocas y su destrucción. Ulises hizo que su tripulación se llenara los oídos de cera y les ordenó que lo ataran al mástil para que no se rindiera a los encantadores cantos de las sirenas. Esto es similar a la manera en que a menudo tratamos de lograr un cambio hacia la santidad en nuestras vidas, multiplicando las reglas, disciplinas y penalidades.

Orfeo eligió otra estrategia para su tripulación. Tocó una música tan bella con su arpa que ni siquiera notaron la música de las sirenas, porque estaban tan cautivados por la música de Orfeo. Ese es el camino hacia la santidad y el cambio. No es fijando nuestra atención en la tentación, sino fijando nuestros ojos en Cristo. Como dice el antiguo himno: *"Vuelve tus ojos hacia Jesús. Mira su maravilloso rostro. Y las cosas de la tierra se volverán extrañamente borrosas, a la luz de su gloria y gracia."*

El cambio se basa en la fe y el arrepentimiento. Esto es lo que nos trajo a la salvación y lo que nos sostendrá en nuestra vida de fe. La fe pone nuestra confianza en la obra terminada de Cristo en nuestras vidas: nuestra nueva libertad en Cristo para alejarnos del pecado y los recursos de Dios que ahora están a nuestra disposición desde que hemos sido reconciliados con Él. El pecado ya no tiene un lugar en el que apoyarse. Pecamos simplemente porque creemos la mentira, pero no hay nada que nos obligue a andar más en el pecado. Cualquier sentimiento de estar atrapados cuando nos enfrentamos a una tentación no es más que una cortina de humo espiritual. No tiene ninguna sustancia. Somos libres. ¡Oh! se siente fuerte y parece real, pero en realidad solo se sostiene por el engaño del maligno.

El arrepentimiento es alejar nuestros corazones del pecado y llevarlos a Cristo. El arrepentimiento acompañó a la fe en la salvación y continúa siendo el mismo cada día de nuestra vida cristiana. Nuestros corazones son propensos a vagar y hacer ídolos de nuestros deseos. Por eso, diariamente debemos someternos a Dios y apartarnos de los ídolos que han arraigado en nuestros corazones.

La fe es volver hacia Cristo, y el arrepentimiento es alejarse del mundo.

Buscando el cambio que honra a Dios en nuestras vidas, debemos alimentar tanto la fe como el arrepentimiento. Recurramos a la Palabra de Dios para poder apoyarnos en su verdad. Recurramos a la oración mientras nos humillamos ante su sabiduría y su provisión. Recurramos a la comunidad cristiana mientras tratamos de expresar verdad y gracia unos a otros y soportar nuestras cargas mutuamente. Recurramos a la alabanza mientras buscamos dar la importancia a Cristo en nuestros corazones. Recurramos a la acción de servicio mientras buscamos reemplazar el amor propio con un mayor amor a Dios y al prójimo. Abracemos las dificultades como una herramienta de Dios para hacer crecer nuestra fe y alejar nuestros corazones de falsos ídolos. Miremos hacia nuestra esperanza futura, cuando seremos más parecidos a Cristo y donde la presencia de Dios nos espera en el cielo.

El cambio es un proceso. Es una llamada a la fe y al arrepentimiento todos los días. Mira a Cristo como el tesoro más valioso. Confróntate con el evangelio continuamente. Ora para que Dios obre en ti una completa alegría y satisfacción en Él.

Si bien tenemos nuestro papel en el cambio, en definitiva se trata de un cambio milagroso en nuestros corazones que es obra de Cristo. Ríndete de nuevo a Él, hoy. Pon ante Él las áreas que necesitan cambio y confía en Él para llevar a cabo su obra en ti.

> ***"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo (de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra), para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."*** (Efesios 3:14-19)

NOTA

[1] Cornelius Plantinga Jr., *Not the Way It's Supposed to Be* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1995), 10.